

logros del espíritu, ejercicio fácil para vivir como los Justos en la tierra, y para ir á acompañar á los Angeles en la Gloria.

## PLATICA PRIMERA.

### DEL SANTO SACRAMENTO DE LA

Extrema-Uncion, y sus admirables efectos.

A 25. de Agosto de 1694.

EL mejor amigo se conoce en el mayor aprieto. Es la fina amistad como el oro, que al toque muestra sus quilates, que á la prueba ostenta su valor, y tan realzado, que no hay comparación al precio de un amigo, que en la mayor tribulacion mantiene su fidelidad: *Amico fidelis nulla est comparatio.* (Ec. 8. v. 15.) Y ya si por lo mayor del aprieto hemos de conocer qual es de todos el mejor, y mas fino amigo, en aquella tribulacion la mayor en que todos los amigos juntos nada pueden, qual será aquel amigo que entonces solo nos asista? *Deus meus es tu,* decia estremecido al pensarlo David. (Ps. 21. v. 12.) *Ne desereris à me quoniam tribulatio proxima est, quoniam non est qui adjuvet.* Oh, Señor, tú eres mi Dios, no te apartes de mí en aquella tribulacion, digo la suprema, como la ultima de la vida, quando ya en la batalla mas terrible de la muerte los padres nada pueden, por mas que lo deseen, los parientes nada socorren, por mas que lo busquen; los hijos nada consiguen, por mas que lloren; los amigos nada alcanzan, por mas que lo sientan; los Medicos nada esperan, por mas que lo estudien: *Non est qui adjuvet:* quando nadie hay que nos pueda ayudar, qué amigo nos queda? Solo entonces nuestro amabilísimo Redentor, que no contento con havernos, por todo el discurso de la vida, prevenido el socorro á las necesidades en sus Sacramentos, nos lo previno hasta el ultimo punto de la mayor tribulacion: *Adjuutor in opportunitatibus, in tribulatione.* (Ps. 9. v. 10.) No contento con havernos dado la vida en el Bautismo, su fortaleza en la Confirmacion, su sustento en la Eucharistia, el reparo de las quiebras en la Penitencia; para entonces, quando faltandonos ya los alientos, quando postradas las fuerzas, quando cercandonos de la muerte las congojas, aun no nos desampara: *Cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.* (Ps. 70. v. 9.) No me dexes, mi Dios, no me dexes quando los alientos me falten, quando los dolores me cercuen, quando turbada la razon, confusos los sentidos, faltas las fuerzas, cercidas las congojas, no me desampares: *Ne derelinquas me.* Asi se lo pedía David ansioso, y esto es lo que á nosotros nos asegura en el Santo Sacramento de la Extrema-

Uncion. Por no dexar, dice el Santo Concilio de Trento, ningun tiempo de nuestra vida, en que no nos ampare. ¿Qué amigo, pues, es este, que asi tan de antemano nos tiene prevenido para el mayor aprieto el socorro? ¿Qué amor el que tan cuidadoso adelanta á la mayor necesidad, prevenido el valor, no menos que de su misma Sangre? Este es, pues, el Sacramento de la Extrema-Uncion, instituido por nuestra Vida Christo para los enfermos que en grave peligro de su vida se acercan á la muerte. Este es el Santo Oleo, en que tan introducido el horror de los necios, el vulgar miedo de los ignorantes, miran la misma vida, como si fuera la muerte; huyen del socorro, como de la mayor tribulacion. ¿Oh, si este horror tan barbaro, oh, si este miedo de la ignorancia, oh, si este susto de la poca Fé, lo pudiera yo arrancar de los corazones, lo pudiera desterrar del todo de entre los Christianos! ¿cómo no solo hácia los provechos del alma; pero aun á la salud del cuerpo configuiera no pocos logros! Entro, pues, á su explicacion, ojalá, y á su meditacion, y amor entremos todos.

Extrema-Uncion se llama este Sacramento, díyá porque solo se dá á los que están en el extremo peligro de la vida, ó yá porque en el orden comun de recibirlos es el ultimo, y extremo de los Sacramentos, ó yá porque es la ultima, y extrema de las Sagradas Unciones que recibimos. Tres veces fue ungido David, parece que retratando en figura este Mysterio. La primera en la casa de su padre, ungido yá desde allí por Rey. Eso es lo que nos sucede en las Unciones Santas del Bautismo, que yá desde allí nos destinan al Reyno. La segunda, le ungió Samuel en Hebrón, quando empezaron sus batallas, y sus contiendas. Esa es en nosotros la Uncion de la Confirmacion, para batallar sin avergonzarnos por la Fé todo el espacio de la vida. La tercera, lo ungió el mismo Samuel en Hebrón, quando acabando de vencer á sus enemigos, se ciñó la Corona victoriosa de Israel, y de Judá. Eso es la Uncion santa, que estando yá al fin de la vida, se nos pone en este Sacramento, para conseguir en la ultima batalla la ultima victoria, en que nos vá el ponernos una eterna Corona. En la Confirmacion, y en el Bautismo se nos unge el Sagrado Chrisma, que se compone del aceyte de olivos, mezclado con el balsamo oloroso; es, que se nos pide el buen olor de nuestras costumbres, la fragancia de nuestras buenas obras. En la Extrema-Uncion, el aceite de olivos consagrado por el Obispo, sin otra mezcla, es sola la materia, porque entonces lo puro de la conciencia, lo sereno, lo tranquilo del alma, es lo que se pretende en un moribundo. En el Bautismo, y en la Confirmacion, solo se ungen determinadas partes; pero en la extrema-Uncion todos nos consagramos, para entrar todos puros en la Gloria: *In Extrema Unctione preparatur homo, ut recipiat immediatè gloriam,* dice Santo Thomás, (3. p. q. 6.

quæst. 6. art. 1.) Todos los demás Sacramentos son medios para conseguir la Gloria, mas no luego, segun su institucion, este solo amabilísimo Sacramento es el que inmediatamente dispone para entrar en ella. Los demás son los caminos; este es es yá la limosna puerta del Cielo. Los demás disponen; este perficiona, y consuma, dice el Santo Concilio de Trento: (*Sess. 14. cap. 1.*) *Quod non solum penitentia, sed & totus Christiana vite consumativum existimatum est à Patribus.* No quedando despues de recibirlo, sino entrar á vér á Dios en su Gloria.

Y con esto he dicho el Instituidor Divino de este Sacramento, que es nuestra Vida Christo, para darnos en el mayor aprieto el socorro; materia remota, que es el oleo, ó azeyte de olivos consagrado por el Obispo: su materia proxima, que es el ungiro en todos los sentidos del cuerpo del enfermo, estando en peligro de muerte; y su principal fin, que es disponer al alma para que luego luego pueda, si no pone de su parte embarazo, conseguir la Gloria. Dónde están, pues, ahora los temores tan necios? dónde los medios tan bárbaros, con que tanto se rehúsa, con que tanto se llora el recibir este Sacramento? Si hay fé, si hay conocimiento de Dios, y de lo eterno, en que eltrivan estos prácticos errores con que así se huye del Oleo Santo, escogido por eso de nuestra Vida Christo, por retratar mejor en el alma las propiedades del Oleo, en el cuerpo? Penetra éste, ungiendolo en lo exterior, hasta lo mas intimo de los huesos, segun aquello de David: *Intravit sicut oleum in ossibus ejus.* Asi mejor, por este Sacramento, la gracia santificante entra en el alma á darle el jugo de la mejor vida. Es el Oleo el que ungiendo corroborará las fuerzas, fortalece los nervios, usado por eso de los luchadores antes de entrar en sus contiendas; mejor este Oleo Santo fortalece al alma para la mas cruda batalla. Mitiga el azeyte los dolores; éste mejor los aligera. Fomenta el azeyte la llama; éste aviva mejor en el alma la llama de la Esperanza, de la Fé, y de la Caridad. Mata el azeyte las moscas; este mejor libra de las culpas veniales. Y el azeyte aún borra de las heridas las cicatrices; éste mejor consume, y destruye del pecado las reliquias.

Hagamos concepto, Catholicos, de estos admirables efectos del Divino Sacramento de la Extrema-Uncion; y en vez del miedo necio, se nos excitará en el alma un amor santo, un ardiente deseo de recibirlo; de modo, que el enfermo mismo sea quien lo pida, que así nos lo dice Santiago: (*cap. 5. num. 14.*) *Infirmatur quis in vobis, inducat Presbyteris Ecclesia.* Si avivamos la Fé del inexplicable tesoro que en este Sacramento tenemos, yá no será menester que se anden buscando personas que lo digan, rebozos con que lo propongan, temores con que lo intimen, que antes el enfermo mismo lo pedirá, y lo llamará ansioso. Poncos yá en aquel peligro, consideraos en aquel trance; qué hay allí deseable, que con

este Sacramento solo no se configa? Deseáis, temeroso de vuestra mala vida, de la estrecha cuenta, que se os acerca, digo, la gracia de Dios? Esa por este Sacramento se aumenta. Deseáis, temeroso de la terrible batalla con el demonio, fortaleza, y vigor en el alma? Esa por este Sacramento con especiales auxilios se fortifica. Deseáis algun alivio en los dolores del Cuerpo? Esos, por virtud de este Sacramento se mitigan. Os dán cuidado las innumerables culpas veniales de vuestra vida, y lo que puede haver quedado de las muchas mortales culpas? Esas por este Sacramento se perdonan. Os afligen las congojas, los temores, el caymiento del corazon, los sustos, reliquias todas de los pecados? Esas por este Sacramento se quitan. Teméis, en fin, las terribles llamas del Purgatorio, que os esperan? Esas, ó todas, ó parte, segun vuestra disposicion, y fervor, por este Divino Sacramento se perdonan. Oh, amabilísimo Sacramento! Oh, tesoro inexplicable en el mayor aprieto! Dónde está nuestra Fé! Que si nos fuera permitido, que no lo es, sino solo estando en peligro de muerte, nos haviamos de olear todos los dias.

Pues aún he dicho muy poco. Afirman, y muy bien grandes hombres, que no pocos se han salvado por este Sacramento, que no pocos se han condenado solo por no haver recibido la Extrema-Uncion: *Quia non raro fit,* dice por todos nuestro Cornelio, *non raro fit, ut per Extremam-Uncionem salvetur, qui sine ea periisset, suisque armatus.* Pues haviendo (me dirán) los Sacramentos de la Confesion, y de la Eucharistia, cómo solo por la Extrema-Uncion podrá haver sucedido el salvarse, ó solo por la Extrema-Uncion podrá haver sucedido el condenarse? Yo lo diré. Lo primero, cierto es, que no todos pueden conseguir el Sacramento de la Eucharistia, porque estando yá privados de sentidos, no se les puede ministrar, como se les puede ministrar la Extrema-Uncion; cierto es, que muchos, aun la Confesion no la alcanzan; y añado mas, que puede suceder, que aunque la alcancen, es asentado, y moralmente cierto entre todos los mayores Theologos, que el Sacramento de la Extrema-Uncion basta para hacer al alma de atrita contrita; quiero decir, que aquel que arrepentido de sus pecados solo con atricion, pensando él que está contrito, recibe este Sacramento sin haver podido alcanzar los otros, con él solo se pone en gracia. Pues á cuántos les habrá sucedido en tal aprieto, en tal priesa, en tal susto? Mas, (aquí quiero á los nimiamente temerosos, que andan toda la vida temiendo si se han confesado bien) es asentado sentir de los Theologos, que si la Confesion no quedo buena por alguna inadvertencia inculpable, por este Sacramento se perfecciona; que si aun despues de la Confesion hay en el alma de nuevo alguna culpa mortal, que, ó no se acuerda, ó con invencible ignorancia no se conoce, por este Sacramento se quita. Miren, pues, ahora, si muchos estarán en el Cielo solo por la

Extrema-Uncion, y si por falta de ella estarán en el infierno muchos. Oh, consuelo para aquel trance inexplicable! Cierito es, que no hay precepto que nos la mande recibir: pero si hay el escándalo, si hay desprecio, dexarla sería un pecado mortal gravísimo. Y yo quiero que el dilatarlo no sea desprecio; pero por temores tan vanos, irle poniendo dilaciones: Oh, qué peligros! El caritativo Padre de Pobres San Juan de Dios, (*in ejus vita, cap. 24.*) tenía en su Hospital de Granada un Pobre gravemente enfermo; quísole dar la Extrema-Uncion, y él con ese temor de ignorantes, se afligió de manera, rogándole que la dilatase; que el Santo, por no desconsolarlo, vino en ello. Salióse à pedir su limosna por el Lugar, y quando volvió yá havia muerto el enfermo sin la Extrema-Uncion. Pusóse con sus Frayles à amortaljarlo, y de repente se levantó, y se sentó el difunto; y mirando al Santo, dixo: Padre de Pobres, por negligencia que tube en recibir el Sacramento de la Extrema-Uncion que me quisistes dar, foy condenado à veinte años de Purgatorio; y luego se volvió à postrar difunto. Veinte años de Purgatorio? Andense ahora con dilaciones en este Sacramento.

Yá; pero como luego se sigue la muerte. Oh, necios! Y cuántos oleados comen pan? Ese es otro efecto de este admirable Sacramento, tan leños de vuestra ignorancia, que antes, si al alma le conviene, dá al cuerpo la salud. Por ese miedo necio la rehusa de recibir Roberto Emperador; (*Marcant. Candelabr. tit. 6. sect. 2.*) y vencido à las instancias la huvo de recibir, y al instante que la recibió se levantó sano, y robusto. Fray Nicolás de Nice, Franciscano, refiere, que un Caballero muy noble, estando muy malo, y proponiéndole el recibir la Extrema-Uncion: *No me traéis de esso*, respondió, *porque que todos los que se oleasen mueren*. No pasó mucho, que sin él se murió, y aun antes de enterrarlo, delante de un grande concurso se levantó en el feretro, y dixo: *Porque no quise recibir la Extrema-Uncion, padeceré cien años en el Purgatorio por justos juicios de Dios*. Y añadió: *Si la huviera recibido, no huviera muerto, y me huviera levantado de mi enfermedad*. Y si acá lo vemos en tantos hácia la salud del cuerpo, qué penas serán en el Purgatorio las que padezcan, los que, ò la dilatan, ò no la reciben? Sí, como dixo Santo Tomás, y es el sentir comun de la Iglesia, este Sacramento es la última disposicion, que prepara, y dispone al alma para entrar inmediatamente en la Gloria, ò no hay Fé si se rehusa, ò no hay entendimiento si se dilata.

Refiere el Discipulo, (*in Promp. verb. Unc. extra.*) que un Religioso Dominicano, llamado Bonifacio, gravemente enfermo, pidió à su Prior que le diese la Extrema-Uncion; él, por ser yá tarde, no quiso juntar la Comunidad, dilatólo à la mañana siguiente, è yendo à vér al Religioso enfermo, muy afligido, le dixo: Oh, Padre, qué mala obra me has hecho! Porque si à

noche me huvieras oleado, ahora estuviera yá yo en un hermosísimo Palacio, que esta noche he visto. Ví que estaba Fray Reginaldo, y otros Frayles, y Santos, que han muerto, y que saliendome à recibir me havian entrado allá, y sentandome con ellos, donde estaba yo gozósimo; pero entrando luego mi Señor Jesu-Christo, me dixo: Anda, vete de aqui, que no puedes estar con mis Santos, pues que no has recibido mi Santa Uncion, que te purifique. Con esto me volví, oh, qué afligido! y si supieras cuánto es el mal que me has hecho con averme dilatado aquel gozo! Oh, y si todos hicieramos este concepto! Con que amor, con qué santos deseos, con qué viveza de Fé, con qué fervores del alma recibiamos este Sacramento! que limpiandonos de las culpas, es la puerta mas feliz por donde hemos de entrar à la Gloria.



## PLATICA PRIMERA.

### DEL SANTO SACRAMENTO del Orden.

A5. de Septiembre de 1694.

ES el Orden alma de la hermosura, vida de la armonía, sér de todo lo artificioso, y decoro de lo natural; es de todo el Universo el orden, el nudò que lo liga, el vínculo que lo mantiene, y la belleza toda que lo hermosa: *Optimum univerti est ordo*, dixo Aristoteles. Asi vemos, que en orden inviolable los Cielos mantienen la consonancia de sus tornos, los Planetas observan la armonía de sus aspectos, los Astros reparten la benignidad de sus influxos, los Elementos alternan de su actividad los efectos, à cuyos ordenados pasos sigue hermoso el orden de los dias, el de las estaciones, y el de los tiempos, y acompañan ordenada en sus alternas mutaciones toda la tropa de los mixtos. Asi desde lo mas alto del Cielo, el orden es el que viene dando vida al Universo en su natural hermosura. Y en lo artificial, sin el orden, dónde se hallará con el decoro la armonía en las fábricas, por la proporcion de unas con otras partes: en las labores por la simetría de unas con otras líneas; y en la Música por la dulzura de unas voces con otras? En lo Politico, qué fuera una Republica sin orden? Y desordenado, qué fuerza le quedará à un Ejército? Solo el infierno, en fin, es el que su orden confuso, en eso mismo tiene el colmo mayor de sus horrores: *Ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat*.

Este, pues, Universo todo, yá en lo natural, yá en lo artificial, (*Pycinelus lib. 21. num. 141.*) yá en lo Politico, todo como relox de ruedas superiores que mueven, y de inferiores ruedas que siguen; el orden de unas partes con otras, es el que le dá el sér, la vida, el movimiento, y la her-

hermosura: *Pondus, & ordo movent*. Y si así formó Dios, aun lo material, aun lo inanimado, aun lo muerto, dándole à todo vida con el orden: *Qua à Deo sunt, ordinata sunt.* (*Ad Rom. 13.*) que dixo San Pablo, como à lo espiritual de su mejor Reyno, à lo sagradamente vital de su mejor Republica, à lo eterno de su Palacio, que es la Iglesia, no le daría con el orden toda su superior belleza: *Deus in domibus ejus cognoscetur*, decía David, y lee San Agustin: *Deus in gradibus ejus cognoscetur*; se dará Dios à conocer, mejor que en toda la fábrica de los Cielos, mejor que en toda la hermosura del Universo, en los grados con que disponiendo del Palacio de su Iglesia el servicio, retratará en la tierra el orden de aquellas celestiales Gerarquías, que en nueve distintos Coros, unas superiores, inferiores otras, si todas forman el conceto mas admirable en la Gloria, acá en la tierra el orden hace, que de distintos sagrados ministerios resulte el resplandor, el decoro, el lustre, y la armonía de la Iglesia.

Instituyó, pues, nuestra Vida Christo el soberano Sacramento del Orden para hacer en su mejor Republica distincion de nobles, y plebeyos, de inferiores, y superiores, para que gobernando los unos, obedeciendo los otros, se mantenga así el supremo decoro de sus Divinos cultos. Por eso, para los mas interiores de su casa, para Ministros allegados de su Palacio, à los que en este Sacramento escoge, los hace subir sacandolos del mundo, apartandolos de la tierra. *Ex hominibus assumptus*, de uno en otro grado hasta el supremo del Sacerdocio, para que estos sean los canales por donde se deriva à nuestros pechos la luz de la misma Divinidad, estos los interpretes de Dios, estos los maestros de la Fé, estos los oráculos del Cielo, estos los dispensadores de la Gracia, estos los archivos de la Divina Sabiduría, estos los Secretarios del mas Divino Consistorio. Por tanto, yo no pretendo explicarles el grado tan eminente à que han subido, à aquellos que lo gozan, y que me lo pueden à mí enseñar como mis maestros. Apuntaré solo à los Fieles lo que es el Sacramento del Orden, porque lo pide el orden de los Sacramentos, diré solo de la suprema dignidad, que confiere la grandeza, por lo que mira à celebrar con este orden de la Gerarquía de la Iglesia la mayor hermosura.

Este Sacramento, pues, es con un modo admirable la fuente, y manantial de los demás Sacramentos, pues todos necesitan del Sacramento del Orden para tener legítimos Ministros. Los demás Sacramentos todos los recibe cada uno solo para sí; para sí solo se bautiza el que se bautiza, se confirma el que se confirma; pero este Sacramento, el que lo recibe, no es para sí solo, es para el comun obsequio, y provecho comun de los Fieles, y de la Iglesia. Son, pues, siete distintos ordenes. Ni me digan, que como es un Sacramento solo, si son los ordenes siete distintos, que si cada uno es grado hasta el supremo,

no dexa de ser una la escalera, porque sean muchos, y distintos los escalones que la componen. Así, pues, en esta escala de grados Celestiales, siete son los ordenes, que à manera de los Angeles distinguen sus soberanos ministerios. Desde lo inferior à lo superior, desde la puerta de la Iglesia hasta el Altar, desde repeler allí los indignos, hasta hacer baxar aqui todos los Cielos. Desde la puerta dixe; es el Hostiario, primero grado, primero orden, que tiene por oficio abrir à los Fieles la puerta, y cerrarla à los infieles, y excomulgados, que no puede asistir al soberano Sacrificio. Yá mas dentro el Lector, segundo grado, orden segundo, que leyendo los sagrados Libros, doctrina tambien, y enseña los Mysterios de la Fé à los Catecumenos. Donde los hay, se entiende, aunque para enseñarles la doctrina, muchos pienso, que bautizados desde niños, aun era menester enseñarles. Yá mas dentro, y con mas superior potestad el Exorcista, tercero grado, orden tercero, tiene por ministerio librar à los endemoniados para que no inquieten, ni turben los Divinos Oficios. Acá dicen, que no hay entre nosotros endemoniados; mas segun suelen ser aun en la Misa las palabras indecencias, los visages, bien pienso, que para muchos eran menester exorcismos. Y yá mas à lo interior, allá en el Presbyterio, el Acolyto, ese es el quarto grado, el orden quarto, à servir los Ciriales, los Incensarios, las Vinagras. Pero entrando luego, y à lo mas sagrado, y à la redonda del Altar, el Subdiacono à prevenir en él los sagrados Vasos, el Diacono à ministrarselos inmediato al Sacerdote, y el Sacerdote à qué? A hacer baxar à Dios à la Hostia, à trasladar todo el Cielo à la Iglesia, y à levantar la Iglesia hasta el Cielo con el mas Divino Sacrificio. Así, pues, prevenido de ministerios el Celestial Palacio, se vé servido, con qué magestad asistido, con qué decoro celebrado, con qué veneracion? que tantas veces llenando de religioso asombro à los Infieles, aún solo por este exterior que se mira, les ha hecho conocer la suprema Divinidad, que se venera.

No es, pues, esta distincion soberana de ministerios, y de oficios, como los demás de la tierra, que todos al quitar consisten, ò en solo nombramiento, ò en eleccion sola, ò en solo aprobacion. Oh, qué ventaja tan relevante de estos Ministerios de Dios, no solo sobre otros Ministros, pero aun sobre los Reyes, y Emperadores del Mundo! Consiste, pues, esta potestad soberana de cada uno de los ordenes en la Consagracion, que de aquel hombre hace à Dios el Obispo, Ministro de este Sacramento, aquel al punto que dándole la materia de cada orden, le dice las palabras de la forma, con la gracia que al alma le confiere, le imprime en el alma el carácter, por el qual aquella dignidad es eterna. Las mas sublimes dignidades del mundo, à mas durar, son de